

## La academia repara en la literatura para los niños

### *Pensar la literatura infantil, interpretación a varias voces*

VARIOS AUTORES

CARMEN ELISA ACOSTA PEÑALOZA  
(Coordinadora)

Universidad Nacional de Colombia,  
Facultad de Ciencias Humanas,  
Departamento de Literatura, Grupo  
Historia y Literatura, Semillero de  
Investigación en Literatura Infantil  
y Juvenil, Bogotá, 2011, 189 págs.

ESTE LIBRO es el resultado del trabajo del Semillero de Investigación en Literatura Infantil y Juvenil, que dirige la profesora Carmen Elisa Acosta en el Departamento de Literatura de la Universidad Nacional de Colombia. No es menos que gratificante encontrar que, por fin, el tema se consolida en el ámbito académico.

La literatura infantil fue considerada durante muchos años, hay que decirlo de frente, una subliteratura. Ninguneada y desconocida, los teóricos literarios y profesores universitarios tenían marcados prejuicios sobre esta literatura. Se consideraba que por su cercanía a la pedagogía, debía pertenecer a esa área, es decir, se lavaban las manos y la consideraban carente de valor estético y poco fiable para ganarse el derecho de ser considerada un objeto de estudio serio.

Varias de estas anotaciones son señaladas con sorpresa por Acosta y su grupo de jóvenes investigadores. Desde luego que tienen razón. Estas motivaciones se entienden si comprendemos algunas cifras. En Colombia, en 2010, se publicaron quinientos títulos, entre novedades y reimpressiones<sup>1</sup>, de literatura infantil y juvenil (LIJ). Esto es el cuatro por ciento de la producción total de libros en el país, que promedia los diez mil u once mil títulos. Estos libros de LIJ tienen tirajes de tres mil ejemplares, superiores a los de la media de libros para adultos, que es de quinientos.

1. Datos propios recogidos a partir de la consulta del ISBN colombiano a mediados de 2011.

Pero ese es un aspecto. El otro tiene que ver con la relevante cantidad de masa crítica que surge cada año sobre esta área, sin dejar de considerar hechos materiales: un catálogo fulgurante de autores e ilustradores premiados (Evelio Rosero, Claudia Rueda, Triunfo Arciniegas, Yolanda Reyes, Francisco Leal Quevedo, Ivar da Coll, Henry González, Rafael Yockteng, por citar algunos), los persistentes programas de formación de lectores que usan esta literatura y, sobre todo, el caudal enorme de destinatarios potenciales, que a vuelo de pájaro, son catorce millones de niños y adolescentes en el país<sup>2</sup>. ¿Si esto no es importante para convertir un fenómeno en objeto de investigación académica, qué lo es?

*Pensar la literatura infantil, interpretación a varias voces*, incluye una presentación y siete ensayos. En la presentación Acosta aclara las intenciones del libro:

Así, el trabajo que se presenta a continuación posterga la indagación por las obras de la literatura infantil y juvenil, y se dirige hacia los discursos que median la aproximación a ella. [pág. 10]

Esta aclaración metodológica es importante porque rige la orientación de los trabajos. Resultaba básico establecer un marco para mirar la LIJ colombiana y ello implica determinar conceptos académicos, señalar problemas y diferenciar una bibliografía de referencia. Igualmente, reconocer una vía interpretativa que delimite el marco de estudio y establezca fronteras disciplinares. ¿Pero las hay frente al resto del corpus literario nacional? ¿Jairo Aníbal Niño podría estar en el canon al lado de García Márquez?

Los problemas, como lo admite Acosta, son múltiples porque el objeto de estudio roza muchos problemas, que por momentos se escapan al marco de una teoría crítico-literaria tradicional. Para comenzar: ¿qué es un autor de literatura infantil? ¿Por qué y para

2. La *Encuesta nacional de lectura* de 2005 no trae datos explícitos al respecto, pero indica que “en el 54 por ciento de los hogares con niños de 5 a 11 años, a estos sí les gusta la lectura individual”. Cf. Carmen Barvo, “La lectura de los niños”, en *Hábitos de lectura, asistencia a bibliotecas y consumo de libros en Colombia*, Bogotá, Fundalecra y otros, 2006, pág. 173.

quién escribe? ¿En que se diferencia de un autor de literatura “para adultos”? Además, ¿mediante qué reglas –si las hay– se introduce en el mercado de los libros? ¿Hasta dónde los editores intervienen en la producción creativa de estos libros?

La cuestión de los géneros no es un problema menor: ¿poesía, álbumes, novela, teatro, cuento? ¿Deben ser evaluados con el mismo rasero que la gran literatura? Asimismo, ¿qué hacer con el asunto de la historización de esta literatura? ¿Qué categorización darles a los mediadores que intervienen en su circulación? Para cerrar un primer ciclo de preocupaciones: ¿existe una crítica de libros de LIJ en Colombia?

Varios de los ensayos incluidos en el libro se aproximan a dar respuestas, que no dejan de ser parciales, pero que al menos abren el camino para entender el fenómeno. Con razón afirma Danie-la Escobar, una de las investigadoras:

Finalmente los creadores nos permiten reconocer que, sin duda, debe haber un cambio en el estudio de aquello que conocemos como literatura infantil, pues la producción, hoy, intenta no estar condicionada por factores ajenos a la creación artística. En esa medida, el estudio de esta “disciplina” debe reconocerla, sobre todo, como un arte. [pág. 55]

Los otros ensayos del libro se focalizan en determinar cuál es la relación entre los libros literarios para niños y el campo educativo (Mónica Suárez), hacer una arqueología de las principales historiografías existentes en lengua española que tienen como eje la literatura infantil y juvenil (Eliana Sepúlveda), valorar los aportes de la tradición oral (Camilo Pinzón), identificar los tipos de lectura y de lector que se consolidan alrededor de la LIJ (Cielo Erika Ospina) y reconocer el notorio impacto que han tenido los programas de construcción de lectores que usan como principal insumo la literatura para los niños (Gabriela Cantor).

Carmen Elisa Acosta ha sido valerosa al involucrar el tema de la LIJ dentro de sus preocupaciones investigativas que, sobre todo, han estado dirigidas en el último decenio a revisar y recuperar materiales clásicos de la literatura colombiana del siglo XIX (Soledad Acosta de Samper, la novela histórica y la

novela por entregas, *Tránsito* de Luis Segundo de Silvestre) y a insertar la teoría literaria en un campo histórico y cultural más amplio, que incluya la industria editorial, los mecanismos de circulación de los textos y la recepción<sup>3</sup>.

Es claro que *Pensar la literatura infantil, interpretación a varias voces*, es un primer paso. Hay que ordenarse. Esto supondría organizar las líneas de investigación, ser más nítidos en los objetivos académicos, establecer acuerdos de cooperación con entidades que trabajan tanto en la edición como en la promoción de lectura de la literatura infantil colombiana y, desde luego, seguir debatiendo, consolidar el corpus bibliográfico de consulta e involucrarse de modo más abierto, sin temor, con la ola que acompaña lo que rodea el libro infantil y juvenil.

Dos aspectos me parecen claves de ser tenidos en cuenta en futuras investigaciones que emprenda el Semillero de Investigación... de la profesora Acosta: primero, los libros para niños no solo involucran la literatura, sino también los libros informativos que son otra área no investigada en Colombia; segundo, reconstruir las huellas de la crítica sobre literatura infantil colombiana, materiales que están muy dispersos y para los cuales todavía no hay un criterio de selección y catalogación.

Ese gran maestro y guía entusiasta que es el cubano Antonio Orlando Rodríguez alguna vez señaló que Colombia no había valorado con suficiente respeto su literatura infantil y juvenil, y eso era grave porque en esta literatura se reconocían muchas de las peculiaridades que caracterizaban culturalmente al país. El solo nombre jupiterino de Rafael Pombo, ya debería indicarnos una ruta de trabajo.

Creo que estamos en pos de remediar y superar estos obstáculos. El trabajo de Acosta y sus colegas investigadores nos permite sentirnos optimistas.

**Carlos Sánchez Lozano**

---

3. Algunos de estos trabajos han sido publicados por la Universidad de los Andes, la Universidad Nacional y Diente de León.